

Texto: Juan 20:19-31

- 19 Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros.
- 20 Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor.
- 21 Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío.
- 22 Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.
- 23 A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos.
- 24 Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino.
- 25 Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. El les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.
- 26 Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros.
- 27 Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.
- 28 Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!
- 29 Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, créste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.
- 30 Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro.
- 31 Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.

Sermón

Podríamos decir que Tomas era un hombre moderno, y para los hombres modernos ver es creer. No sé cómo lo pensaban en la antigüedad, pero sé que hoy, cuando leemos la narración de la duda de Tomás, simpatizamos con él.

Así como muchas personas en algunas ocasiones dijeron, no vemos el Covid 19, entonces no existe, es solamente una exageración. Pero la realidad es otra. Los medios sociales dicen otra cosa,

Así como los otros discípulos están narrando una noticia extraña: "Hemos visto al Señor". "Sí, bueno, estaba muerto. Pero lo hemos visto." ¿Tomas, pensaría: Por qué en el mundo debería creer en los relatos de un Jesús resucitado? No tenía sentido. Nadie se levanta de la muerte.

Y aún así, el texto de hoy nos desafía a invertir nuestra forma normal de pensar: No es "ver para creer", sino: **Creer para ver**.

O como el mismo Jesús lo dijo, "Bienaventurados los que no han visto y sin embargo han creído" (v 29).

I.

Pero antes de hablar de lo que significa creer sin ver, consideremos en primer lugar, por qué es necesario, creer.

¿Qué hay de malo en la actitud de Tomas? "A menos que vea en sus manos la marca de los clavos, y ponga mi dedo en la marca de los clavos, y ponga mi mano en su costado, nunca creeré" (v 25). ¿Qué hay de malo en insistir en ver algo antes de aceptarlo?

En ocasiones en esta vida, a veces la curiosidad es a menudo algo bueno. Si vas a comprar un auto, o un aparato especial o cualquier cosa, es una buena idea verificar las afirmaciones de los que ya lo compraron, y ver por ti mismo si todo está en orden.

Así que "ver es creer" es una buena filosofía para la vida en este mundo.

Ps. Roberto Molina Thomae

pastor@evltg.ch

Pero, ¿qué sucede cuando la aplicamos a las preguntas finales sobre el significado, el objetivo y el sentido de la vida humana? ¿Qué vemos cuando buscamos respuestas a preguntas como estas?

Cuando se trata de tales cosas, no vemos muy bien. Consideremos a Tomás. ¿Cuál fue su situación durante esa semana de dudas? No pudo haber sido una agradable semana. Pasó una semana entera. Durante esta última semana, todos sus amigos estaban entusiasmados emocionados con la buena noticia de las apariciones de la resurrección de Jesús. Pero Tomás se mantuvo obstinado en lo que había visto: Jesús sufriendo, muerto y enterrado. Durante una semana, Tomás se aferró a la muerte en lugar de a las buenas noticias de la vida.

Y esta es exactamente nuestra condición también, tantos siglos después, si nosotros, como Tomás aquella primera semana después de la primera Pascua, rechazamos la resurrección. ¿Qué nos queda? Sólo la muerte.

Vivimos en una sociedad que niega la muerte eterna, muchos dicen que no existe. Mucha gente ya no muere en casa, sino en un hospital o en un asilo. Pero no importa dónde mueran, entregamos el cuerpo a una funeraria, para que pueda hacer que el muerto parezca lo más vivo posible para verlo, no en casa sino en una iglesia o en las instalaciones de una funeraria (En América Latina, es muy común).

Antes, la preparación del entierro era hecha por los seres queridos de la persona muerta. Los funerales se hacían en casas vestidas de negro, y la gente usaba ropa de luto durante meses. Pero queremos evitar la muerte, evitar verla, tratarla, confrontarla.

Realmente no podemos. A pesar de todos nuestros esfuerzos, la muerte es la última realidad para cada uno de nosotros, y todos los humanos lo saben. Las personas que nos son más queridas mueren, pero también lo hacen completos extraños. La gente pobre muere, pero también los ricos, tanto los famosos y poderosos como los humildes y ordinarios. Recientemente han muerto muchos, y a estos no se les permitió verlos por última vez.

Y-oh, claro-también lo haremos tú y yo. Nuestra muerte está llegando también- inevitablemente, tarde o temprano. Todo el mundo muere.

Si somos honestos y sinceros sobre el significado de la existencia humana en base a lo que vemos, es decir, la muerte, tenemos que decir: No hay ninguna.

Ningún significado, ningún propósito, ninguna importancia, porque todo termina en la muerte.

No sólo dejarás de ver lo que has logrado, el bien que has hecho, sino que con el tiempo, también lo harán todos los demás. Todos estarán muertos también, ¿y de qué servirá el bien de alguien para alguien? En nuestros esfuerzos por darle sentido a todo, descubrimos que todo es una tontería por culpa de la muerte.

Si ver es creer, es decir, si nuestra esperanza y confianza se basan sólo en lo que experimentamos, y lo que experimentamos es sólo la muerte, entonces nuestras vidas no tienen sentido. No importa quiénes somos o qué hacemos; todo termina de la misma manera... muerto.

II.

¿Pero esto nos lleva de vuelta a la Pascua. Porque hay alguien que ha hecho una diferencia, una diferencia radical, en la historia humana. Alguien para quien la muerte era una realidad pero no la realidad. Alguien que pudo negar la muerte no sólo en las apariencias sino en la verdad.

¡Ese Alguien es Jesucristo! "No temas, soy el primero y el último, y el que vive. He muerto, y he aquí que vivo para siempre, y tengo las llaves de la muerte y del Hades" (Ap 1:17-18). Cuando la muerte había hecho lo peor, cuando Jesús estaba muerto -le habían atravesado el costado, habían bajado su cuerpo y lo habían puesto en la tumba de José-, cuando todo eso terminó, ¡todavía no había terminado, porque al tercer día, se levantó de entre los muertos! Dijo "¡No!" a la muerte, y lo dijo en serio.

En ese único acto de desafío, Jesucristo cambió la vida del hombre: ¡no a la muerte, sino que ahora la vida tiene la última palabra! Y con el don de la vida viene todo lo demás que hace que valga la pena vivir.

Considere de nuevo lo que vemos en nosotros mismos así como en los demás - las debilidades, las fallas, los fracasos - lo que la Biblia llama pecado y declara ser la causa de la muerte. Vemos nuestra propia impotencia. No importa cuánto lo intentemos, no podemos estar a la altura de la Ley de Dios, y normalmente no lo intentamos tanto. Así que terminamos viviendo en un mundo que está lleno de pecado y sus consecuencias, no sólo allá afuera sino aquí en nuestros propios corazones y vidas, y merecemos la muerte y el infierno que Dios amenaza contra los pecadores.

Pero la conquista de Jesús sobre la muerte fue también su victoria sobre el pecado, porque quien había llegado a asumir no sólo nuestra naturaleza (Dios se hizo hombre) sino también nuestra carga, nuestra obligación, nuestro pecado y su castigo, lo hizo de manera efectiva y para siempre. Resistió todas las tentaciones que el demonio pudo lanzarle. Sufrió todos los castigos que Dios le impuso. Y luego se levantó de la muerte, triunfando sobre todo.

Esta gran victoria es lo que Cristo nos ofrece ahora en su Palabra a través del poder otorgado en la noche de Pascua: "A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados" (v. 23). Sin condiciones, sin ataduras, sólo el perdón y todo lo que sigue: la vida eterna y la resurrección, nuestro por la fe.

III.

"Ocho días después, los discípulos [de Jesús] estaban nuevamente adentro, y Tomás estaba con ellos. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús vino y se puso en medio de ellos y les dijo: "La paz sea con vosotros".

Entonces le dijo a Tomás: "Pon tu dedo aquí, y mira mis manos; y saca tu mano, y ponla en mi costado". No seas incrédulo, sino creyente" (vv 26-27).

Para los que creen en esta Palabra -la Palabra de que Jesús ha resucitado y que perdona como perdonó a Tomás- todo es diferente: hay un significado y una trascendencia para la existencia humana.

La Palabra de perdón de nuestro Señor para nosotros es también una Palabra para los demás, y la predicamos. Un mundo destrozado por el pecado y la muerte es precisamente donde pasamos nuestras vidas en servicio amoroso a los demás por el bien de Dios, que nos amó primero. Entonces, cuando esta vida termina, seguimos viviendo con Dios hasta que en el último día resucitamos con cuerpos glorificados como el de Jesús. Entonces veremos con nuestros ojos lo que por ahora sólo creemos. Por ahora, creer es nuestro ver, pero creer es también la forma de ver, la forma de ver a Jesús con nuestros ojos por toda la eternidad.

Esto no significa que nunca experimentemos nada malo, nada difícil, nada peligroso. No, nuestras vidas están llenas de desafíos, heridas, duelo. Eso es lo que todavía vemos con nuestros ojos y sentimos con cada medida de nuestros sentidos. Pero en medio del dolor, la pena y la pérdida, hay una cierta esperanza que descansa en la victoria de Cristo. Por ahora, vemos que simplemente por la fe. Creer es ver.

Todavía no vemos con nuestros ojos, pero donde hay pecado, Cristo ofrece perdón; donde hay dolor, Cristo ofrece esperanza; donde hay luto, Cristo ofrece vida. Todo esto es seguro y cierto, porque Dios es más grande que nuestra vista, como nos muestra la Pascua: la muerte, nuestra última realidad, no era su última realidad. Y lo que ha obtenido, lo ha obtenido para nosotros.

"Ver es creer" -la actitud de dudar de Tomás- puede estar perfectamente bien para comprar un coche o emitir un voto, pero cuando se trata de pecado y perdón, muerte y vida, hombre y Dios, "bienaventurados los que no han visto y sin embargo han creído" (v. 29). Creer es lo primero, porque creer se aferra a lo que es más grande, de hecho lo más grande. Se aferra a Cristo, el Señor resucitado y triunfante, y se une a Tomás no en la duda sino en la confesión: "Mi Señor y mi Dios". Amén.